

# Las islas y los continentes

Margo Glantz

*Siguiendo las huellas de Humboldt y de la marquesa Calderón de la Barca, Margo Glantz nos ofrece en este texto un fragmento inédito donde la autora de El rastro aborda otra de las facetas de su trabajo: la de viajera y cronista que mira al mundo con los ojos del recién llegado a tierras americanas.*

1

He descubierto que los viajes ilustran, lo que equivale a decir que he descubierto el Mediterráneo; pero cada quien tiene su propio Mediterráneo en el alma y por eso me conformo, sobre todo si el recorrido abarca varios países de América Latina y el Mediterráneo se transforma en el Estrecho de Magallanes, lo cual le da a este viaje su carácter singular.

Viajar por América Latina es resucitar el sueño bolivariano (sin Bolívar) en una Caracas donde hasta las montañas llevan el nombre del libertador y los edificios el secreto de la Shell o de la Exxon. También es darse cuenta de que además de los aviones de la IATA viajan por los aires los aviones de la Aeroflot, desde La Habana hasta Managua, con unas mamatchkas de tamaño natural que le ofrecen a una un buchito de café cubano y ¡un vaso de jugo de piña! dentro de un avión que parece tren de tercera de los años cincuenta entre el Gran Simplón y el San Gotardo: la ilusión se desvanece cuando al lado aparecen pasajeros con aire vietnamita. Antes he volado por los cielos de Puerto Rico y he aterrizado en el Caribe Hilton donde amarizan viajeros estadounidenses que hacen cruces por las islas para recordar a Robinson Crusoe y demostrar la

exactitud del refrán con que inicio este texto: “los viajes ilustran”.

En Puerto Rico las calles son prisiones y las rejas definen un sentido de violencia, disparada por las palabras de un profesor vestido de negro (poliéster) con rayitas blancas, zapatos de charol y peluca pelirroja que lanza una “sátira vitriólica” a las potencias extranjeras, fusilando con la saliva; también aparece una señora que habla de estructuralismo a ritmo de bolero, mientras en el público me guiña un ojo Luis Rafael Sánchez. Una profesora anuncia el título de uno de sus libros, me parece delicioso y caribeño: *De vírgenes y mártires*, lo que confirma una vieja suposición mía: que una mártir nunca puede permanecer virgen aunque pretenda demostrar lo contrario don Vicente Riva Palacio el novelista mexicano en su libro *Monja y casada, virgen y mártir*. La conferencista tiene los ojos azules: su nombre los desdice por una peligrosa coincidencia homónima con alguna intelectual mexicana, pues si bien su apellido recuerda algo conocido, sus ojos y su voz reiteran el bambuco (Guty Cárdenas: “Hay en el fondo azul de tus pupilas una radiosa floración de perlas”) y su persona se convierte en otra, la efigie vivita y coleando de *Ojerosa y pintada* de Agustín Yáñez, pintada por José Clemente Orozco, a pesar



Buenos Aires, Argentina

de que la que describo ahora toque el acordeón, el requinto y sea esposa de un contrabajista.

Otro conferencista lee su ponencia y conjuga *El laberinto de la soledad* y *Artemio Cruz* con acento portorriqueño con lo que la chingada se vuelve un poema de Palés Matos; mientras, la ciudad se agita y se puebla de rascacielos.

La Habana, entre tanto, sigue igual a sí misma, deslucida y maravillosa, detenida en un acontecer que se quedó en los años cincuenta. La Habana ha sido castigada por la revolución y quedó encaramada en el décimo piso del rascacielos más alto de la isla. Las calles están sembradas de árboles pero nadie conoce su nombre, pero sí el de las calles.

En cambio, las calles no tienen nombre en Managua, aunque persiste la fidelidad a los objetos que el somocismo y los terremotos han destruido. Así nos enteramos de que Margaret Randall, siempre apasionada por las revoluciones jóvenes, vive en Plaza de España a una cuadra debajo-del-lago-cerca-del-árbol-que-se-cayó-con-el-terremoto. A pesar del árbol inexistente, la encontramos y cenamos con ella y con Julio Valle (mi alumno en la facultad de Filosofía allá ¿por los sesenta o setenta?, director del Departamento de Literatura del Ministerio de Cultura, de ese ministerio que dirige el poeta Cardenal, quien ha abierto talleres

de poesía para que los policías se conviertan en poetas y dejen de ser verdugos. Luego aparece Daisy Zamora, la viceministra de Cultura, joven delicada, virgínea, poetisa y guerrillera.

Vivencias del 4 de abril de 1981. ¡Y pensar que tanto y tanto amor se acaba!

## II

El viejo San Juan conserva la belleza de los viejos nombres, especialmente esa casa blanca también llamada Casa de Albizu, en Sol esquina con Cruz, en donde hay un restaurante de comida criolla dirigido por un intelectual y un antiguo jíbaro, alto, vestido de andaluz y con sombrero pequeño de copa dura que le crece en la cabeza naturalmente. Pero las calles y las avenidas y las casas son pasajeras, como dijera Proust, y poco a poco van desapareciendo tanto en San Juan como en Caracas, que en los cincuenta era una pequeña ciudad provinciana rodeada de montañas y hoy una montaña rellena de rascacielos. La Habana permanece en un ascenso detenido en un edificio gigantesco e inacabado de diez pisos que miran hacia el malecón: La Habana, ciudad castigada por su pasado ignominioso, ignora el

nombre de sus árboles y recuerda con precisión cada uno de los nombres de sus calles. Caminamos de noche por La Habana vieja y un negro alto se nos acerca y nos conversa: ha oído que hablamos francés con mi amigo Pierre e insiste en que sabe francés. Yo le pregunto el nombre de esos árboles bellísimos que nacen del aire, semejantes a los árboles que Colón le describiera a su católica Majestad, pero nuestro interlocutor estudia botánica y sólo conoce los nombres del tabaco, el arroz y la caña y no el de la yagruma o el del jagüey. Pierre insiste en que la ciudad ha sido castigada como en las profecías del viejo Oseas, castigada en su carne, dejándola pudrir, caer, carcomer como a Sodoma. Las casas ya no tienen tuberías y los techos se caen y la pintura se escama —“chilla puta”, diría Octavio Paz—, pero aunque se la escarnece en el descuido, se la ama hasta el delirio y se conservan intactos los letreros que deletrean el nombre de las calles y embellecen las esquinas. Y la A y la E y la F y la G se abren en el juego sin límites de su pronunciación abreviada al máximo, también de sus verdaderos departamentos y casas que miran sin cesar el aire de esta región en verdad transparente. Algunos coches, muy pocos, antiguos, y las avenidas con sus viejas casas señoriales quizás agujereadas y corrompidas por el salitre, pero esbeltas y tranquilas: ciertos funcionarios confiesan que se les fue la mano hacia la provincia y descuidaron a La Habana, pero los nombres siguen en pie y cuando alguien intenta borrarlos, como en México, nadie hace caso. Los nombres detienen el

deterioro y lo cancelan en la continuidad: ¿Quién recuerda ahora en México que la calle Cuauhtémoc, héroe nacional y de pies quemados, se llamaba antes la calle de la Piedad? ¿Y qué mejor nombre para un héroe de pies heridos que la Piedad? ¿Quién recuerda que en un tiempo Venustiano Carranza se llamaba Capuchinas? ¿Y acaso nuestra corta memoria no se ha olvidado ya del Niño Perdido convirtiéndolo en Tata Lázaro, quizá también perdido porque quieren despojarnos del petróleo que él tanto defendió?

En La Habana y en Managua, lo reitero, la ciudad vive en la memoria y se reconstruye a pesar de que la Reina Isabel la Católica nunca nos tuvo confianza: “En esa tierra donde los árboles no se arraigan, poca verdad y menos constancia habrá en los hombres”.

La vieja Habana se exhibe por la noche como los fantasmas y el Palacio del Capitán General se abre en la suntuosa coloración de la gigantesca yagruma que crece desmesurada y fantástica en el centro del patio. Todos los sábados hay un bazar y las artesanías surgen, como los árboles, del aire: máscaras coloreadas y muñecos de papel maché, grabados de Fremes y Ur ibazo, obsesionado por los Quijotes que recorren un área de molinos tropicales; Jesús de Armas, pintor a quien le falta una mano, pero conoce a nuestro caricaturista mexicano Rogelio Naranjo. Los huaraches están a la moda como en San Francisco y cada par cuesta cuarenta pesos cubanos; hay vestidos mexicanos que se hacen en La Habana y filigranas y chaquiras y collares de bronce y tapas de plumones: los hace Jorge, amigo de Miguel Ángel Ponce, Poncito, hijo de Fidelio Ponce, el gran pintor.

Este bazar al aire libre se clausuró pocos meses después, hablaba de él en abril de 1981.

### III

En la casa de Poncito, hijo del extraordinario pintor Fidelio Ponce de León, quien todo lo pintaba en tonos blancuzcos, café y beige, me encuentro el libro de René Méndez Capote, *Una cubanita que llegó con el siglo*, y también los cuadros de Loló Soldovillo, mujer de nuestro anfitrión que también nació antes del siglo, no nuestro anfitrión, sino su mujer. Varios cuadros con su retrato decoran las paredes, son de futuristas a quienes ella conoció en París, Poliakov, “en la época en que pintaba caballitos”, algunos Klee, Kasimir Mahlevich y Kandinski (que no estaban en la casa que Poncito comparte con Jorge, el otro pintor-artesano del bazar de los sábados en La Habana).

La madre de Ponce era de Cangas de Arce, pueblo asturiano de emigrantes; deja su país porque se muere de hambre y llega a La Habana a trabajar de criada, pri-



Casa La Guarida, La Habana, Cuba

mero con un millonario que al morir (veinte años después) le deja una herencia a cada uno de sus servidores, herencia que bien administrada le permite vivir otros veinte años, cifra cabalística en la familia. Al acabarse el dinero, la madre entra a trabajar con un sueco que vive en el *pent house* del rascacielos más alto de La Habana, entre las calles 23 y Paseo. Allí llega un día el calvo Fidelio, con bucles pero con el sombrero puesto y con él en la cabeza entra a la cocina para cortejar a la cocinera quien, como Cenicienta, abandona la casa donde trabaja de criada para convertirse, al día siguiente, en la mujer del pintor quien la considera un diamante en bruto que se perdió en la cocina. Por primera vez Fidelio vive en una casa y abandona el hotel, pero mantiene siempre el viejo hábito de dormir sin zapatos, con calcetines y con el sombrero puesto, pues ni su mujer debe conocer su calva. De ese matrimonio culinario e imberbe nació Poncito, tiempo después, aunque no concuerde la cronología.

“Mí padre no se bañaba durante días enteros, quizás años, pero mi madre lo debe haber bañado”. Me lo imagino en la tina con calcetines y con sombrero, aunque alguna vez lo bañaron desnudo unos compañeros que después lo tuvieron que dejar en el hospital con bronconeumonía. “Siempre se vestía de gris y lo invitaban a comer porque divertía mucho a la gente. Una vez llegó con un traje blanco y todo el mundo se burló de él, entonces él se echó los frijoles encima”. Luego muere, o mejor dicho, muere pronto y su mujer le guarda fidelidad durante largos años, y al cabo de ellos muere, dejando a Poncito solo. “Me di cuenta de que necesitaba un oficio, y ¿cómo conseguir un oficio antes de la revolución, muy poco antes? Pues me pusieron en una escuela de niños ricos, la gente de *El Diario de la Marina*, Pepín Rivera y Gastón Vaquero, pero aunque me sentía niño rico no podía hacer lo que los niños ricos, hasta que por suerte vino la revolución y me becaron”. De la beca se pasa a un parque donde duermo de noche —¿acaso no estamos en La Habana?—, y un viejito, panadero, lo invita a trabajar de *idem*, “oficio comiquísimo, en un negocio particular que ahora afortunadamente ya no existe”. Vive en la panadería, allí se baña, y allí despacha en las mañanas. “Una de ellas llega una mujer muy elegante, ‘ya mayor’, fuera de circulación, pidiéndome pasteles de hojaldre de guayaba”. Y los pasteles de guayaba son ahora los cauces del enlace “¿A dónde tú vas? Yo te llevo”: los encuentros serán siempre culinarios o panaderos y Poncito agarra auto y mujer durante once años de su vida. Su mujer es pintora, periodista y escritora. Tiene, cuando se casa con Poncito sesenta y cinco años, él diecisiete. Loló acompañaba a Poncito por las calles y lo protegía, porque le gustaba andar con pistola y cubierta de joyas de gran valor. “Una de sus pistolas se llamaba Vizcaíno



San Juan, Puerto Rico

porque era muy mala, sacaba un tiro y se rompía. Una vez no le quisieron pagar en el banco y amenazó al cajero con esa pistola, otra, nos asaltaron en El Vedado y se defendió con ladrillo y la pistola. Yo estaba temblando y ella de lo más tranquila”.

#### IV

José Emilio Pacheco reseñaba en uno de sus inventarios de abril de 1981 la muerte violenta e inútil del poeta brasileño, Azevedo Oliveira. Y la amenaza resuena en mis oídos, esa amenaza que previene y detiene, esa amenaza que vuelve pesadilla cualquier viaje: no salgas de noche, no uses aretes porque te los arrancan con todo y oreja, no uses reloj porque te lo quitan con todo y brazo, no uses joyas porque te matan y las joyas son apenas esos collarillos que se venden en el suelo de la plaza de Coyoacán los domingos. Y cualquier cosa que reluce es oro, y cualquier salida es peligrosa y todas las casas se protegen y se van volviendo cárceles. Y en Caracas la culpa la tienen los colombianos y en Perú los ecuatorianos y en Brasil los paraguayos y en Colombia los traficantes de heroína y esmeraldas y las amenazas resuenan después de una

noche eterna pasada en un aeropuerto adonde se debe llegar tres horas antes de la salida del avión que siempre sale a las seis de la mañana o a las seis y treinta y cinco de la misma mañana repetida durante todo el viaje, porque una llega en un taxi que tiene una tarifa exacta y se ha guardado la cantidad de cruzeiros-soles-bolívars-pesos nacionales que se necesitan y al llegar al aeropuerto la tarifa se ha doblado y hay que correr a la ventanilla de cambios que está cerrada por-que-son-las-tres-de-la-mañana y el chofer acepta un cambio de dólares que, por justicia mexicana favorece a Reagan. Y luego, se checa el boleto que puede ser vendido a otro viajero si no se llega por lo menos tres horas antes de que salga el vuelo; el empleado la mira a una con desprecio y la regresa a otra ventanilla del gigantesco aeropuerto de Caracas, hermoso y aerodinámico, con el concreto al aire, como debe ser, y con una ventanilla tan lejana como el país al que se llegará a la mañana siguiente para volver a pagar impuestos de aeropuerto después de haber pagado el día anterior el impuesto de salida que va aumentando según los días que se ha permanecido en el país que se va a abandonar. Y de noche (o durante el pedacito de noche en que se puede ocupar la cama de un hotel “decente”) se sueña con orejas arrancadas al mejor postor, con brazos que vuelan por los aires y con esas calles llamadas *girones* en el Perú donde se reúnen los vendedores ambulantes (en todos los sentidos) dejando a la ciudad conve rtida de Lima la horrible, en Lima la letrina.

V

Y veo la ciudad de San Juan en Puerto Rico que se va llenando de rejas, pintadas de blanco, garigoleadas, eso

sí, pero siempre rejas que sellan los balcones donde la gente sale a tomar el fresco, rejas que cubren las salidas a los patios o refuerzan las ventanas de pared a pared de los grandes edificios y pienso con nitidez en esa hermosa serie de grabados de Toño Martorell (que expuso en la Galería Arvil en México, en abril de 1981) en donde sólo se ven ventanas desde afuera, cuando se camina por la calle, casi montadas sobre la nada en una pared que apenas es el blanco del papel donde se insertan; esas ventanas sugieren una intimidad violada por la necesidad de enjearla, aunque a veces pase por ellas el aire de una cortina o la delicia de unas persianas: la luz se filtra y pronto vemos el entrecruzamiento de los hierros que cuadriculan cualquier luz y, de repente, ya se está dentro de la casa, por ejemplo la de Arcadio Díaz Quiñones que me ofrece un ron solito y me enseña los grabados de Homar y los de Martorell y los de José Rosas y luego, ineludiblemente, las rejas blancas que algún día se olvidó de cerrar y por donde entraron, desde el patio, haciendo malabarismos dignos de otra suerte, dos ladrones que pasaron por el cuarto de su hija. Sólo se llevaron su reloj y le dejaron la conciencia definitiva del enrejamiento.

VI

En la ex casa del dictador, treinta hectáreas en medio de la ciudad-que-no-es-ciudad está el Ministerio de Cultura. De repente, paseando, vemos al Padre Fernando Cardenal, hermano de Ernesto, es alfabetizador y nos saluda cordialmente. Asocio de inmediato con el otro hermano que hemos conocido, pero en Cuba, el hermano de Fidel que está a cargo de las lecherías. El Cardenal que ahora conocimos venía de traje, con su



Plaza de la Aduana, Cartagena, Colombia

esposa, vestida de largo y de rojo. Nos habla de las vacas, de los niños que ahora sí beben leche y Cardenal (Fernando) lleva barba, pantalones blancos y una guayabera y nos habla de los policías que escriben poesía.

Dentro del Ministerio vamos a ver a Julio Valle, director del Departamento de Literatura: es traductor de Catulo, especialista en Rubén, como su maestro Mejía Sánchez. Cierta vez —varias— fue alumno mío, en alguna de mis clases, a las que llegaba, delgado y barbado, acompañando a una novia. Entramos en su oficina Elena Urrutia, Sergio Pitol, los poetas Guillermo Hernández, Francisco Hernández y yo. Julito se levanta y grita: “Maestra Glantz” y me abraza. No me había conocido porque me había cortado el pelo. Le toco la barba y es como tocarle la barba a la revolución (es una metáfora). Llegan de repente dos amigos de Julito, los reconocemos: han viajado con nosotros en Aeroflot, entre vietnamitas y coreanos del norte. Es una cantante de protesta con su esposo: ella lleva los cabellos afro, inmensos, y es gordita, aunque ha rebajado quince kilos. Abrazan a Julio con la espontaneidad y apertura con que Julito me ha abrazado a mí: la revolución nicaragüense es cálida y tierna.

Sergio Pitol está muy conmovido: recuerda la noche anterior que nosotras hemos perdido: una concentración de nicaragüenses cantando en una plaza, primero con mariachis y luego “son tus perjúmenes mujer, los que me soliveyan” y un grupo de gringos que salieron de Estados Unidos durante el macartismo y gritan maravillados (pero con acento) “Viva Nicaragua libre”. Ya desde el principio Elena y yo nos hemos sentido felices, desde el aeropuerto cuando Joaquín González Casanova va a recogerlos, delgadito, rubio, sonrosado, idéntico en proporciones genéticas a sus padres: sonrisa de Lolita, mirada y voz de Henrique, amabilidad y dulzura de Lolita, seguridad y chaleco (aunque no lo usa en Managua, Nicaragua, donde yo te conocí) de Henrique.

Elena se cita con la periodista argentina Stella Calloni, quien con voz armoniosa y bajita nos habla de sus temores, de la terrible sensación de que todo se venga abajo, como en la época de Arbenz en Guatemala y nos estremecemos, sentadas en el hotel Internacional que tiene forma de pirámide y está en medio de la nada y cerca del búnker de los Somoza. Recordamos los reportajes sobre Nicaragua de *Unomásuno* que son como salmos y luego, no sé ya en qué orden, volvemos a ver, después de muchos años de no verla, a Margaret Randall situada en la revolución como ese árbol gigantesco que todos recuerdan pero que ya no existe, cerca del cual ella vive con unos amigos. Todos estamos viviendo una luna de miel colectiva: Meg está con su hijita Ana Laurette que escribe poemas y dibuja maravillosamente, cuando la acompaña en las mañanas al

Ministerio de Cultura donde Meg trabaja en Difusión Cultural, desde las cinco de la mañana.

Desayunamos (apenas estuvimos dos días pero parecen la multiplicación de los panes) con Mercedes Stoupignan, la hermana de Cristina, también delgadita, llamada: trabaja dieciocho horas diarias en la labor de alfabetización, entusiasmada desde adentro. En la noche tenemos una fiesta con *le tout* Managua, en casa de Francisco de Asís Hernández, poeta que estuvo exiliado en México trabajando en el Departamento de Literatura en Bellas Artes. Stella Calloni llega tarde por nosotros: ha recibido (por télex) la noticia de un golpe frustrado en España.

## VII

En Colombia vive Milena Esguerra y ahora se dedica a la construcción. Quizá por eso recuerde anécdotas semichagallianas y narre la historia de una mujer llamada Magnolia, a quien, cuando se peleaba con su marido, le daba por la destrucción y arrancaba tejas de los tejados de su casa y con ellas lo golpeaba. Luego, dejando la casa destechada, salía con sus seis hijos a vender pañuelos de hilo blanco mal terminados y andaba descalsándose por las costas colombianas, entre negros que bailan cumbia y se secan el sudor de la frente con finos y bordados pañuelos. Dicen que en Colombia hay *gamines* y eso me recuerda la epidemia de orejas y de narices que devasta el país, mas si se visita el Museo del Oro se advierte que los desorejados y los desnarizados sirven como modelo a los indios, quienes a su vez usaban el oro por el puro placer de verlo y de sentir que el sol se reflejaba en él, cuando lo colocaban a la entrada de sus casas, como ahora colocamos esas láminas de concha japonesas, para oír cómo suena el viento en el reflejo.

Un novio pasa con su novia y le pregunta: “¿Le provoca este collarcito?”, todos sonreímos porque a todos nos provoca el oro y a mí la envidia me muerde cuando oigo y veo su enamoramiento. Para evitar que el resentimiento me carcoma, me doy vuelta y miro la inscripción sacada de la mitología:

Nuestro modo de vivir no es duro como la piedra, es como la vista penetrante de un cristal que traspasa. Así son nuestros hermanos y así son nuestros hijos. La estabilidad de un horcón no perdura, pero la bondad y el calor del sol sí perduran porque tenemos su cristal en nuestro ser.

Salgo deslumbrada, después de entrar en la cueva de Alí Babá y ver dentro de la oscuridad el reflejo absoluto del sol, que entre los aztecas era de sangre y, entre

los quimbayas, los tolimeños, los dunibayos, los atizonas y los de Tumaco, de oro de formas puras.

En Colombia también encontramos a Fanny Buitrigo, novelista, autora de *Los Pañamanes*, *El hostigante verano de los dioses*, etcétera, quien nos enseña que Policarpa Zalavatierra, cuyo nombre bastaría para hacerla ilustre, fue además amante de Bolívar, también nos cuenta que José Antonio Galán fue un comunero que ayudó al libertador, por lo cual los españoles lo despedazaron y lo diseminaron por todo el país. Se parece al ombligo de Renata que, sembrado en el jardín, produce rosas color durazno. Entramos también a la oficina de Gloria Zea, directora del Colectivo Cultura. Está sentada, muy guapa y muy bien arreglada, en su oficina, detrás de su escritorio hay un enorme cuadro de Botero, su retrato (no el de Botero, el de Gloria Zea): no hay fotografías de presidentes en ese ministerio. Afuera la gente camina por las calles, espía las orejas enjoyadas de las turistas y sus muñecas enrelojadas: el museo del Oro ostenta sus mitologías, entre ellas la de los Kogui, cuyo dios Niyinelde era el padre del oro, de la canoa y de los árboles.

Fanny nos lleva al museo de las artesanías y me compro un hermoso suéter de lana pura, color oveja, confeccionado por Uvaldina Urrea; paseamos por la tienda y las artesanías nos hacen recordar que por toda nuestra América la presencia de los indios es como la del oro antes de que llegara Colón a pervertirnos cambiándonos la desnudez por diamantes de vidrio de color azul. Los koguis dieron el ejemplo tomando la cornalina como sustituto del oro y repitiendo:

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol ni luna ni gente ni animales ni plantas. El mar estaba en todas partes, el mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.

## VIII

Los sobresaltos son muchos a medida que se acerca una al sur. En Colombia y en Lima, en San Pablo y en Río amenazan los bandidos de gran camino, esos bandidos a imagen y semejanza de los nuestros del siglo XIX que podían despojar a un hombre de la sábana sobre la que yacía, dormido, sin despertarlo, o esos bandidos que publicaban amenazas contra los viajeros desprevenidos: “El capitán de bandos avisa a los señores pasajeros de las diligencias que deben llevar por lo menos 50 pesos oro, porque de lo contrario serán apaleados”. En Buenos Aires y en Montevideo, nada parecido, aunque debo confesar que nunca nos pasó nada en los países de más mala fama, quizá porque dejába-

mos todo (lo poco que llevábamos) en las cajas fuertes de los hoteles por los que pasábamos, imprimiendo nuestra leve huella.

Las calles de Buenos Aires son maravillosas, caminables y a medida humana, interrumpidas de trecho en trecho por un rascacielos que ha sustituido una hermosa casa *art nouveau*. Los turistas pueden pasear de noche y de día, recorrer todas las calles, detenerse ante las vidrieras y contemplar los múltiples ejemplos de importación que van desde el último modelo de Yves Saint-Laurent a la última licuadora o al último televisor que viene de Japón en colores más naturales, hermosos ejemplos legales de cómo se destruye una industria nacional, porque la industria textil ha quebrado frente a las telas inglesas, y la lana maravillosa que antes se vendía en el Once, barrio lagunillero, se sustituye ahora por las lanas de merino verdaderas aunque en Argentina se hayan producido borregos americanos tan perfectos como los de ese lugar del planeta y papas argentinas tan perfectas y redondas como las que se importan desde Australia, y conste que en Argentina no hay petróleo, y que el precio del crudo más barato les favorece, no como a nosotros que nos obliga a pagar el 30 por ciento más sobre nuestras importaciones que casi son tantas como las que se hacen desde Venezuela.

Son tiempos aún de dictadura.

Pero la memoria histórica es un bicho raro.

Así, la calle Florida, famosa en los tangos por su elegancia, se ha convertido en una especie de Merced venida a menos con apariencias de más porque la *fayu* -ca se vende en las tiendas elegantes y no sobre puestos desmontables. La sensación de peligro no está allí, está en los aeropuertos, cuando a una se le ocurre pasar a Montevideo y cuando en la aduana y en la sección de información y en donde se checan los boletos, y en la salida, y en la entrada (antes en el hotel) te piden repetidas veces, y a la menor provocación y sin que sepan de qué clase de gente se trata, los documentos de identidad, las cédulas policíacas que afortunadamente nosotros aún no tenemos, las huellas digitales, etcétera. (A veces me pregunto si las huellas de los pies serán tan infalibles como las de las manos, pero nunca he podido averiguarlo, ni nunca me las han pedido). ¿Será la tarjeta del IFE que ahora tanto necesitamos, no sólo para votar, el equivalente de esos documentos de identidad?

Bueno, se pasa la aduana, se atraviesa la línea de fugo, se entra al país vecino y se suspira porque empezarán de nuevo los tormentos: la misma cara con distinto uniforme que pide los eternos documentos y las cédulas policíacas. En las calles de Montevideo, cerca del mar, hay varias quintas, una decorada con una enorme estatua de la Victoria de Samotracia. La poli-

cía montada nos mira desde lo alto de su montura. Me repelen o me dan miedo. Pero el que nada debe nada teme, aunque esa lógica no parece imperar en los países que se encuentran como sus mismos habitantes lo aseguran, en el culo del mundo, y entonces se detesta a Magallanes.

Regresamos a Buenos Aires, tomamos un microbús (cuando nos lo dicen imaginamos que es un vehículo de Liliput, pero no, es un camión de pasajeros normal, más normal de los que circulan por Guatemala: autobuses que se han desechado en las escuelas estadounidenses, después de haber pasado por los barrios negros) y desembocamos en una plaza triangular, hermosa, con edificios al estilo de los de París 1900 y esperamos que nuestras amigas nos recojan, tomando un café maravilloso con medias lunas que aquí en México llamamos cuernitos.

## IX

Llegamos a Buenos Aires a mediodía: nos espera y surge de pronto una amiga que no conocemos: va vestida a la moda de *Boquitas pintadas* pero ya cuando está convencida de que su vida es la mejor posible: nos abraza, nos interpela, nos besa, nos presenta a su marido, nos entrega un poema (inefable) dedicado a la Virgen de Guadalupe, aparece el hijo, un poco más alto, menos gordo o menos corpulento y nos enseña su tarjeta aunque hubiera bastado con su acento. Salimos (un poco más despeinadas que al principio) y tomamos las maletas (ya desproporcionadas, sobre todo las mías) y salimos a conocer los reglamentos de la aduana, no son muchos, somos extranjeras. Afuera espera Silvia Trejo, amiga y funcionaria de la embajada mexicana que nos libera de amistades no elegidas y nos lleva a un hotel en pleno centro que casi nadie conoce en Buenos Aires (ni en México, con excepción de Noé Jitrik y Héctor Libertella que iba a Buenos Aires desde Bahía Blanca y se alojaba ahí), se llama Hotel Carson y queda en Viamonte casi esquina con Florida donde ahora se venden licuadoras y zapatos Christian Dior (quizá cuando termine de escribir estas letras, la devaluación brutal que ha sufrido Argentina —en todos los sentidos— desmienta estas ventas). Llegamos al hotel y ya tenemos un sinnúmero de llamadas de todos los tipos y pronto aparece Luisa Mercedes Levinson que viene con su marido, Willie, y nos lleva a lugares más representativos de la ciudad; después de dar muchas vueltas y sobresaltos, llegamos a La Biela, restaurant-confitería, repleta de comensales y desde donde se ve pasar a los transeúntes, enfrente viven Biory Casares y Silvina Ocampo y quizás, en el momento en que nos sentamos, Borges los visita. También se comen *sand-*

*wichitos* y bebidas que cuestan una fortuna (un *sandwich* de salami y queso y una cerveza, más unas masitas y unos cafés cuestan 600 pesos mexicanos, también en trance de devaluación con cuentagotas). Hablamos, medio dormidas y nos invitan a una cena en la que el único varón es un personaje con nombre vasco vestido como en la época de Perón. Es director de una radiodifusora nacional, nos “patroniza” y nos da palmaditas afectuosas sobre el hombro, con la voz, muy diferente en su intensidad a la de la telefonista (la única) que atiende el teléfono antediluviano del hotel con voz de contralto que dice “hoola” arrastrando la boca sobre la o, es gorda, muy gorda, con piernas hídrópicas y una falda tajada y saco de traje sastre, su voz y la imposibilidad de comunicarse hacen de Buenos Aires una de las ciudades más inglesas (por la puntualidad inolvidable de sus trenes) y realistas del mundo dentro del género abstracto.

La noche siguiente vamos a comer empanadas a casa de otra amiga, Margarita Aguirre, autora de un libro sobre Neruda que ha opacado injustamente su propia obra. Llegan a la cena María Elena Walsh, Liliana Heckel, Gabriela Massú y Beatriz Guido, muy buena novelista, aparece de sombras vestida (como la novela de José Bianco) porque ha muerto el viejo y legendario editor Losada y después de la reunión irá al velorio. Lleva un flequillo que no la favorece (dicen



Caracas, Venezuela



Río de Janeiro, Brasil

que cuando vivía en Rosario era bellísima, hace como treinta años, yo la había visto hace como doce, sentada, lánguidamente en las oficinas de la librería de la editorial de Jorge Álvarez, ediciones que ya no existen). Se dirige a Elena Urrutia y le espeta: “Supongo que has leído mis obras ¿no?, porque yo no me atrevería a viajar por América Latina invitando a escritoras sin haber leído sus obras, sobre todo cuando aquí en Argentina hay apenas tres buenas escritoras”. Todos se quedan callados, yo me enfurezco y le digo: “Supongo que entre las mejores escritoras, estarás tú”, ella responde con un ademán autosuficiente, contesto: “Son mucho mejores que tú, Silvina Ocampo, Olga Orozco, Elvira Orphée”. Se molesta y nuestra charla, que ya parece de niñas de secundaria, continúa: “¿Conoces, le digo, a Elena Garro, a Elena Poniatowska, por no mencionar más que a las Elenas?”. Ante su asombro, reitero: “¿no las has leído? son tan buenas y tan prolíficas como las escritoras argentinas”. “Silencio en la noche”, Beatriz Guido ya no habla, espera un tiempo prudente y se despide ante mi inoportuna explosión de patriotismo. ¿Por qué tan agresiva? me dice Margarita Aguirre, la anfitriona; María Elena Walsh epiloga: “La agresiva fue Beatriz” (quien no es precisamente como la de Dante).

x

En 1961 estuve en Cuba, acompañando a mi marido Paco López Cámara quien iba invitado por el gobierno cubano como miembro del Frente de Liberación Nacional fundado por el General Lázaro Cárdenas. ¡Parece mentira, han pasado casi cuatro décadas! Tenía

la intención de pasar quince días en La Habana para reincorporarme luego a mis clases en la Preparatoria 4, albergada entonces en el magnífico edificio de Tolsá, hoy Museo de San Carlos, donde yo impartía el curso de Estética, en realidad un curso de Historia del Arte; para impartirlo aprovechaba no sólo las clases de Paco de la Maza, Justino Fernández, Carlos Lazo, Juan del Encina que había tomado en Mascarones —otro maravilloso edificio colonial, propiedad de la UNAM—, sino también las fotografías de nuestro viaje al cercano Oriente y Grecia en las que junto a las ruinas aparecíamos siempre Paco y yo, montados en un camello junto a las pirámides de Egipto o el templo de Luxor o recargados en una columna dórica en Delfos o en Atenas.

En aquella época, la Casa de las Américas estaba dirigida por Haydée Santamaría, esposa de Hart, ministro de Educación, antigua guerrillera y compañera de Fidel (la que luego se suicidaría) y Roberto Fernández Retamar, ahora responsable vitalicio de la institución, era el director de la Revista. Trabajaban entonces allí el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, famoso por su *Radiografía de la pampa*, Juan José Arreola, José de la Colina, José Luis González, José Revueltas... Por su parte, Joaquín Sánchez Macgrégor daba clases de marxismo en la Universidad y en el Ministerio de Educación; en la Biblioteca Nacional trabajaba Surya Peniche, su esposa. Conocí también a Edmundo Desnoes que ya había escrito sus *Memorias del subdesarrollo* y estaba casado entonces con Rosa María Almendros, hermana del que sería más tarde el famoso camarógrafo de cine, Néstor, e hija de José Almendros, educador español anarquista, muy amigo del maestro José Tapia, fundador en el DF de la célebre escuela activa José Bartolomé Cossío.

Asistí también a una representación memorable de la obra de teatro de Virgilio Piñera, *Electra Garrigó*.

Nosotros estábamos hospedados en el Habana Libre, hotel que aún guardaba vestigios de la época de Batista, con sus lujosos cabarets, sus shows con bellísimas bailarinas y sus maravillosos mojitos. Era la segunda vez que visitábamos La Habana, la primera fue en 1958, justamente el día de la gran huelga general antes de la caída de Batista. Veníamos de regreso de Europa, en un barco de carga holandés que habíamos tomado en Amberes y que se detuvo en Lisboa, en las Azores y luego en La Habana, ciudad resplandeciente: nosotros sólo pudimos pasear por el zoológico.

Como antes dije, yo era una simple acompañante que llevaba además la misión de visitar a Surya, mi amiga, a quien como regalo inapreciable le llevaba una bolsa de harina Minsa, un horno milagro y un clásico collar de plata. Recuerdo muy especialmente una visita que hicimos juntas a El encanto, una enorme tienda a caballo entre El Puerto de Liverpool y Saks Fifth

Avenue, donde me compré un traje de verano color salmón y una bolsa de paja de Italia. Y lo recuerdo muy especialmente porque era una tienda muy grande y de bella arquitectura, pero sobre todo porque unos días más tarde la tienda fue volada como preámbulo de la invasión a Bahía de Cochinos. Poco antes habíamos estado en una recepción en el Palacio de Gobierno, donde saludamos e intercambiamos unas palabras con Fidel, Raúl, el Ché Guevara y Omar Cienfuegos.

Terminadas mis dos semanas, me dirigí al aeropuerto para tomar el avión de regreso a México y justo entonces empezaron los bombardeos. Por primera vez entendí el sentido de la palabra isla y me sentí atrapada: mi hija Alina estaba en México con mis padres y apenas tenía un año y medio. A pesar de todo fue hermosa esa época romántica de la Revolución, con las sesiones en la Casa de las Américas, el paso de los aviones y el ruido de las bombas, resguardados debajo de unas mesas junto con Juan José Arreola, después de largas conversaciones sobre Claudel y Louis Jouvet. Luego, el triunfo y las grandes concentraciones de gente que llenaba las calles durante horas, cuando aún eran vigentes los discursos de Fidel. En la televisión los invasores, antiguos torturadores de la época de la dictadura, se careaban con sus víctimas. En el Habana Libre, alojamiento de los extranjeros, convivíamos con los chinos, los latinoamericanos, los italianos, los franceses y los rusos.

Apenas restablecidos los vuelos regresé a México, había pasado un mes.

## XI

La película de Eric Rocha sobre su padre Glauber —*Rocha que voa*— es un documental vertiginoso. Lo vi en Río en 2002. No sólo porque las imágenes se arremolinan y se suceden casi sin respiro, sino porque muestran de una manera condensada los acontecimientos de los últimos cincuenta años en América Latina que adquieren consistencia y legibilidad como por arte de magia: el gran optimismo que siguió a la revolución cubana, las enormes concentraciones, el entusiasmo político y artístico, una deslumbrante e imposible prosperidad, el aparente e incontenible ascenso de nuestros países hacia el Primer Mundo, la (real) originalidad de los artistas y los escritores, ilusión y —¿por qué no, verdad (a medias)?— que se reflejaba en las manifestaciones culturales, en el arte de la década de los cincuenta en el Brasil que ahora se exhibe en el Museo Paço (OJO: Paço lleva cedilla) Real y en otras partes de los dos continentes, en la literatura extraordinaria que surgió a mediados del siglo —y que persiste—

con muchos antecedentes en décadas anteriores y que el *boom* popularizó, el pensamiento político, pero también y, muy rápidamente, uno tras otro, los ataques: la invasión a Bahía de Cochinos y, antes, el bogotazo, la conspiración contra Arbenz, luego, la dictadura en el Brasil que exilió a tanta gente, condujo a Glauber Rocha a Cuba y produjo el enorme material de imágenes que su hijo supo aprovechar con tanta eficacia, a fin de que produjesen ese efecto de condensación histórica que nos apabulla y nos hace percibir de golpe la historia de ese medio siglo de derrotas y guerras sucias, endeudamientos, dictadores, neoliberalismos, debacles.

Hacia 1966 fui a Brasil por primera vez, caminé por las calles de Río y de Sao Paulo, visité los museos, oí bosanova (en esa época Brigitte Bardot cantaba canciones brasileñas y decía, como Descartes, bailo, luego existo) y asistí a muchos espectáculos teatrales, recuerdo en especial la representación de *Morte y vida Severina* de Joao Cabral de Melo Neto, con música de Chico Buarque, espectáculo que durante muchos años me llenó los ojos y los oídos. En agosto de este año volví a ir a Brasil donde ahora no se oye tanto el bosanova, aunque la gente siga idolatrando a Caetano Veloso y a Maria Bethania, donde parecería que se ha perdido la conciencia política, donde los jóvenes se dedican, como en otras partes de América, al consumismo, pero, además, se producen documentales como el de Rocha, y se montan representaciones teatrales como la de un *Woyzeck* brasileño dirigido por Fernando Bonasi y actuado prodigiosamente por un grupo de actores brasileños que, como todo en el Brasil, son de distintos colores, tamaños, densidades y sintonizan a pesar de todo admirablemente en su conjunto.

El *Woyzeck* brasileño (Matheus Nachtergaele) es el primer proletario de la historia del teatro, leemos en el programa, trabaja en una fábrica de ladrillos en un pedazo de tierra perdida en este inmenso país. Un trabajador enloquecido por el sistema al que sirve. Un ser trastornado por su propia subjetividad, grotesco, absurdo. Un hombre patético que ama a una mujer por encima de todas las cosas y es arrastrado por la violencia de su entorno. Un pobre lúcido, un loco visionario, un hombre solo en medio de la multitud.

Una puesta en escena que sin traicionar el original lo recrea y convierte a su protagonista en un descendiente de los personajes nordestinos de Guimarães Rosa o en un habitante de las favelas de Río donde los capos del narco ponen en estado de sitio a toda la ciudad.

Cualquier semejanza con la actual realidad es simple coincidencia. **U**